

LA VERDAD DEL CRISTIANISMO A PROPÓSITO DE UNA CONFERENCIA DEL CARDENAL JOSEPH RATZINGER

Fernando Moreno Valencia
Profesor
Universidad Gabriela Mistral

En primer término, me gustaría destacar algunos rasgos personales del Cardenal. Como señalaba el padre Petrillo, él ha sido acusado como "el gran inquisidor", "el Panzer Kardinal", expresión utilizada varias veces: el que arrasa con todo.

Mi conocimiento personal, y mi modesta colaboración con él, por lo menos a partir del año 83, me ha mostrado exactamente lo contrario. En términos simples, el Cardenal es un hombre de Dios, es un hombre del diálogo, realiza lo que Juan XXIII, Paulo VI y Juan Pablo II nos han exigido y exhortado: la práctica de un diálogo real, un diálogo propio en la verdad y el bien, lo que supone siempre el respeto y la acogida de las personas. El Cardenal es un hombre de la "escucha". El Papa Paulo VI decía en su primera encíclica que la Iglesia del diálogo tiene que escuchar primero, escuchar sobre los problemas, ambiciones y deseos del hombre de hoy. El Cardenal ha sido fidelísimo a esa exhortación.

Para ser franco, se ha dicho mucha mentira en este terreno, hay gran cantidad de teólogos en problemas, en conflictos (de parte de ellos) no creados por la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe ni por su Prefecto, sino al revés, que han pretendido denigrar la imagen del cardenal Joseph Ratzinger.

Por otro lado (algo que ya se ha destacado) eminentemente, su teología es inteligencia de la fe, o sea, es simplemente teología. A este respecto, existe hoy mucha ambigüedad; cualquier cosa se llama teología. El Cardenal es propiamente un teólogo; es un teólogo porque practica y ha practicado la inteligencia de la fe, en el sentido propio en que Santo Tomás de Aquino o ya antes San Anselmo, nos lo define. La

teología es entonces una inteligencia de la fe al servicio de la Iglesia y de la humanidad. No es un "juego fatuo", en el que la imaginación ha reemplazado a la inteligencia. Hay tanto "teólogo" hoy día que se complace en elucubraciones en el vacío, inútiles, en el sentido en que la utilidad es también un bien.

Por amor a la verdad, a las personas, a la Iglesia, la teología de nuestro *Cardenal* está al servicio de la Iglesia de Dios y por consiguiente de su Magisterio. Toma el Magisterio como norma; lo que hoy, muchos de los teólogos de nombre (que no por eso son los mejores, ni mucho menos) rechazan. Es decir, piensan que para ser teólogo y buenos teólogos, tienen que ser totalmente independientes de la norma del Magisterio. Esto sería *conditio sine qua non*, condición necesaria para poder hacer teología. El cardenal Ratzinger es y hace exactamente lo contrario; y es que es realmente un teólogo, y un teólogo que nunca ha dejado de ser pastor. Más todavía: que es teólogo por ser pastor. Ahí se entiende la profundidad teológica de su teología, en fidelidad a la Iglesia.

En su misión pastoral, como teólogo y Maestro de la Fe cumple, a mi modo de ver, con la Exhortación Apostólica de *Evangelii Nuntiandi* de Paulo VI (de diciembre de 1975), que llama a evangelizar *la cultura y las culturas*. A evangelizar simplemente al hombre, que es el sujeto propio de la cultura, como lo recordará después en su discurso a la UNESCO el Papa Juan Pablo II (2 de junio de 1980). ¡Ay de mí si no evangelizara!, decía San Pablo.

Ahora bien, la conferencia que nos ocupa, y que Monseñor Moreno partió recordando, se titula Verdad del Cristianismo. Ya el título es osado. Especialmente, si se considera el contexto europeo, que como ya se ha señalado está signado, sellado por el escepticismo, como secuela subjetiva del relativismo cultural, intelectual y moral.

Voy a señalar, simplemente, algunos tópicos que me parecen fundamentales. A la inversa de lo que pretende Marx, para el Cardenal Joseph Ratzinger, como para la Iglesia, y para nosotros los creyentes, la verdad del "más acá" está en el "más allá". Marx afirma que, la verdad del "más allá" está en el "más acá". Ahí está todo el ateísmo de Marx, condensado. Es el principio de inmanencia, que rechaza la trascendencia. El inmanentismo (racionalista, escéptico y relativista) se delata

* Sorbona. París, 27 de noviembre de 1999.

precisamente por la crisis de la razón. El Cardenal Ratzinger, muy profundamente, lo ha visto, y lo denuncia. Y esto, en la medida misma en que la razón se arroga ser la norma superior de todo y no reconoce nada superior a sí misma. Es el principio único y suficiente, que asume (actual o potencialmente) la explicación de todo. Una cierta noción de ciencia se entiende a partir de ahí. La "ciencia" pasa a ser el *locus* y la norma de toda verdad. Es este un atentado a la fe¹. Desde allí, se pretende destruir el sentido mismo de la fe.

En su conferencia, el Cardenal expresa el acuerdo radical, como señalaba muy bien Monseñor Moreno, entre razón y fe. Razón y fe no se oponen, no se contradicen, porque Dios mismo no se contradice. La razón es el hombre, que es animal de razón, que es persona creada a imagen y semejanza de Dios. No puede haber contradicción, como León XIII, lo destacaba.

El acuerdo radical entre la fe y la razón se realiza primero desde la Revelación. Luego en la Tradición de la Iglesia, en el Magisterio, y en la teología que es propiamente tal. Más precisamente, aquí la razón es inherente a la fe. Santo Tomás de Aquino nos muestra magníficamente, en la *Suma de Teología*, cómo la fe es una virtud intelectual también. Y la fe que define al creyente es una virtud intelectual en la permanencia misma que tiene la creencia del fiel.

El segundo punto que quiero destacar, es la inherencia teologal de lo racional. No sólo este último integra la teología, sino que, más fundamentalmente, inhiere en lo teologal mismo. Esto proviene de la raíz sobre-natural y divina de la fe. La racionalidad que viene de la razón, tiene su principio en Dios; en Dios que es Acto puro, como dice Santo Tomás de Aquino siguiendo a Aristóteles.

Lo más racional en el hombre es reconocer que hay algo superior a la misma razón humana y que es la "razón" de Dios; de Dios que es la plenitud infinita del ser; el Ser mismo (*Ipsum esse per se subsistens*).

¹ Así lo señaló el Cardenal en *Informe sobre la Fe*. Entrevista del periodista Vittorio Messori, 1985.

A partir de aquí, se puede apreciar la profundidad del análisis y de las afirmaciones que hace el Cardenal, en total armonía con la encíclica *Fides et Ratio*, y el Magisterio de la Iglesia.

La razón, como razón filosófica, es instrumental en la inteligencia de la fe. En este sentido, es simplemente una manifestación de la "crisis de la inteligencia" (Maritain), el haber pretendido suplantar la filosofía por la sociología, por ejemplo. Hoy persiste, además, la decimonónica pretensión de suplantar la filosofía (como "sierva" de la teología) por la historia. Por el mito hegeliano de la historia que es *servido* por el hermeneuta, racionalista y todavía modernista, que "piensa" con Heidegger o con Nietzsche, que ser es ser interpretado. Y por supuesto que estamos aquí en pleno relativismo.

A este respecto, cabe recordar que, a partir del siglo XIX, ha habido la pretensión de tomar la Biblia como mero objeto de disección. El Modernismo (última de las herejías condenadas por la Iglesia, por San Pío X), se ha propuesto pasar los principios de la fe por el cedazo de la historia. Es decir de la ideología. El Cardenal Ratzinger sabe, en profundidad intelectual y espiritual, de todo esto. Del mismo modo, conoce la "teología de la liberación", que todavía ha debido seguir enfrentando, con la firmeza y claridad exigidas por la prudencia y por la misma verdad. La pretensión de remplazar la filosofía por la "ciencia" de Marx, por lo que Gustavo Gutiérrez llama la "mediación de racionalidad", para la estructuración de una nueva teología, (una ideología simplemente), permite apreciar cuan ardua ha sido la labor eclesial de nuestro Cardenal. En todo caso, precisemos aun, que la filosofía para la Iglesia no es la filosofía de una particular escuela, como nos lo muestra *Fides et ratio*. Es simplemente la expresión natural, y por ende racional de la verdad. Allí donde la inteligencia funciona a mayor profundidad, tratando de descubrir las causas, los principios; de responder a los "porqué", como se ha dicho en términos simplificados. No es con Kant o Hegel, u hoy día con Heidegger como se tendrán las respuestas "justas".

Por sobre cualquiera de los grandes "ideosofos", es mucho más *filósofo* una persona inteligente que es capaz de descubrir en la operatividad natural de su inteligencia, el ser de las cosas, la causa, los principios, y dar la explicación que conviene a partir de ahí. Eso es lo que está en cuestión cuando se habla, incluso, de metafísica. No hay que asustarse con los términos. La metafísica no es un manual, no es primeramente un tratado. Está

dispositivamente sí, en la mente sana y capaz de reflexionar, meditar, descubrir y decir, no lo propio, lo diferente o lo novedoso (ambición que tienen la mayor parte de los llamados filósofos) sino el ser y la verdad, a partir de lo real que se ofrece ya -y primero- a los sentidos.

El Cardenal Ratzinger, muestra y demuestra, en la conferencia a que hemos aludido, hasta qué punto es sólo a partir de la verdad que se llega a la inteligencia de la fe. Y esto, en un sentido más fundamental, porque todos somos metafísicos y teólogos en cierta forma; lo somos al menos dispositiva o potencialmente. El creyente está obligado a la inteligencia de la fe. No necesariamente a lo que se llama hoy inteligencia crítica. Aunque el término crítica es normal si se lo entiende bien; implica ser capaz de quebrar algo para poder ver mejor su interior y *descubrir* allí lo que eso es.

Por otro lado, el Cardenal afirma la existencia y los "derechos" (sí se puede decir así), de la *religio vera*, de la religión verdadera. Hay *una* religión verdadera; y esta es la religión cristiana. No hay religiones en plural, sino en sentido cultural, histórico, empírico. Pero hay *una* religión verdadera, porque proviene de *la* verdad; y por eso expresa al mismo tiempo la fe en esa verdad misma. Lo cual corresponde a las exigencias más profundas de la naturaleza humana en su racionalidad constitutiva. Es lo que define al *homo religiosus*.

El hombre, como ser racional, está destinado a la verdad; el hombre quiere conocer el ser de las "cosas", y, desde allí, proferir la verdad; y aun hacer de ella su "alimento". Aristóteles, filósofo pagano, nos abre su *Metafísica* diciéndonos eso, cuatro siglos antes de Cristo. El hombre como hombre, como animal de razón, está destinado a conocer, a explicar y dar cuenta de lo que es; a decir la verdad. No es esto una invención de la Iglesia. Tampoco la *religio vera* tiene su fuente en la política o en el Estado, como creían los antiguos romanos. Además, aun siendo histórica, suponiendo el dato histórico, no tiene, la *religio vera*, su fundamento último en la historia. Ni en la historia debidamente concebida, ni menos en la asumida por el Modernismo o por cualquiera otra ideología. En este sentido, hemos hecho referencia al Marxismo; el mayor atentado a la humanidad de todos los tiempos.

Lo que quiero hacer ahora es sintetizar algún texto del Cardenal, y ahondar en el comentario.

En relación a religión y política la *religio* designa esencialmente el culto y la realidad, es decir, el conocimiento de lo real. A menudo se piensa en dos esferas separadas una al lado de la otra; al punto que, entonces, la religión no tiene su justificación en la realidad divina. Toda realidad se ha separado de la *religio*, ya que a esta se la sitúa en el mito y no en la razón. Lo cual no impide que se la haya ligado, muchas veces, a una función política. Sabemos cómo eso sigue operando hoy, cómo se ha radicalizado la manipulación política de la fe y de la religión.

Una de las entrevistas al Cardenal, que hizo un periodista alemán, y que se publicó con el título *Sal de la Tierra*, dice lo siguiente: "Si se abandona la convicción de que existe una ley y un ser soberano sobre nosotros, en ese caso necesariamente se debe sustituir la ideología, a la verdad y la ley". Citó luego a un teólogo crítico, quien una vez dijo que un "Estado no cristiano es posible, pero no es posible un estado ateo". Donde no existe ninguna ley por encima de nuestra contingencia predomina siempre más el arbitrio del hombre, y la sociedad se destruye a partir de allí. Más aún, el Cardenal tiene una profunda convicción que la destrucción de la verdad destruye al hombre. El hombre es un ser "normado"; si no nos dejamos normar perdemos la capacidad de ser libres. La norma es la condición del ejercicio de la libertad. En el desprecio de la norma somos, sin darnos cuenta, sartrianos. Jean Paul Sartre, filósofo francés, lamentablemente más influyente de lo que se piensa, reduce la libertad a la pura espontaneidad: soy libre precisamente en la medida en que nada me norme. Pero, si la ley dice y orienta al bien, me señala normativamente el fin que tengo que lograr para ser libre.

Esto no se asume fácilmente en estos tiempos de relativismo moral, y en los que se reduce la religión a la esfera de lo puramente subjetivo. Y así se deja el espacio libre al Estado y aún al absolutismo del Estado, tal como lo quería Hegel. El subjetivismo, que hace de la religión un asunto privado, postula, al mismo tiempo, un falso pluralismo. ¡Todo está permitido! ¡Cuidado con querer "imponer" nada a los otros! ¡Hay que respetar el pluralismo! Lo que supone la tolerancia de cualquier cosa. Pero, en el ejercicio mismo de nuestra libertad, estamos obligados a la verdad; la verdad es la norma del bien; del bien que causa la libertad. La religión no puede reducirse a la esfera de lo

subjetivo. Si el hombre es naturalmente social, es social por naturaleza, tengo que darme cuenta que si me encierro en mi subjetividad estoy negándome a mí mismo, estoy mutilando mi propio ser; negando lo que soy.

Esto es fundamental. Los cristianos, abiertos a los otros y al mundo, no debemos tenerle miedo a la verdad. "La verdad del cristianismo" nos obliga a decir la verdad y a luchar por ella. Eso no es fácil, por supuesto. El Cardenal ha sido en esto, un agente, un testigo y un maestro excepcional. Lo que explica que se haya hecho de una cantidad de enemigos.

Sea lo que fuere, el teólogo Joseph Ratzinger, en un libro publicado el año 1968 en Alemania, afirmaba que la fe, la religión, la *religio vera*, oponen un "no categórico al absolutismo del poder político, a la adoración del poder de los grandes". Y cita luego el texto de San Lucas (*Magnificat*: "Ha derribado a los poderosos de su trono". Esta consideración a propósito de la lucha cristiana contra las indebidas pretensiones del poder, podría aplicarse al mismo tiempo a la lucha que se lleva hoy día, y que debiera conducir el amor humano auténtico, a oponerse a "la falsa adoración del sexo y del eros, fuente de sometimiento, de esclavitud del hombre, tanto como el abuso del poder". Sexo y poder; es lo que hoy predomina. Nuestros tiempos "democráticos" son también libertinos.

El Cardenal es un Maestro de la Verdad. Tiene, y ha tenido el coraje de dar un ejemplo y una "lección" eminentes de esa maestría.